

duda de esos desventurados niños á quienes abandonan sus padres, y á quienes se ha dado el nombre de *niños espósitos*. Pues bien: hubo un tiempo en que nadie les amparaba. Moríanse de hambre ó de frío en el lugar donde se les dejaba, y en las ciudades grandes, como Paris, encontrábaseles todos las mañanas frios, exánimes, tendidos al pié de las guardarruedas de las esquinas ó debajo de las portadas de las iglesias. No pudo Vicente de Paul ver con indiferencia este espectáculo. Procuró en favor de aquellos inocentes la conmiseracion de los ricos, y reunió suficientes limosnas para fundar el primer hospicio de *niños espósitos*. Aquella fué, amiguitos míos, la obra mas preciosa que se hiciese durante aquella vida llena de buenas obras.

Con respecto á Vicente de Paul todavía tendria muchas cosas que decirnos, muchos rasgos virtuosos que relataros; pero prefiero dejaros por despedida este grato recuerdo.

Vicente de Paul murió á la edad de 85 años. Mucho tiempo le lloraron los pobres porque habian perdido en él su mejor apoyo. Pero era necesario que al fin diese Dios al alma de su siervo el premio de que se habia hecho digno.

Colocóle la Iglesia en el número de los santos que venera, bajo el pontificado de Clemente XII, en 1737, y celebramos su festividad el domingo pasado.

LA PRIMERA CRUZ DE LA ESCUELA.

Algunos dias hacia que se veia dar vueltas por el palacio real de Estocolmo, á la hora en que acostumbra salir el monarca, á un anciano que pasaba de los ochenta; su aspecto era el de un hombre muy desgraciado. Uno de los guardias del castillo á quien la continua presencia de este hombre habia inspirado alguna desconfianza, le hizo prender y conducir al cuerpo de guardia. Registróse allí al desconocido y encontrósele una carta dirigida al rey, y una crucecita de plata atada á una cinta blanca muy vieja, de la cual no quiso desprenderse. Repentinamente el redoble de los tambores indica que va á salir el monarca. Escapóse el pobre anciano de sus custodios, precipitóse al patio y arrojóse, todo tembloroso á los piés del príncipe. “Señor, díjole, presentándole la crucecita de plata, habeis ganado tantas batallas, tantas cruces desde la última vez

que dejé de veros, que es muy posible que os hayais olvidado de la primera que recibisteis en vuestra vida; yo soy, señor, quien os la di, y antes de morir he querido devolvérosla.”

Este anciano era el antiguo maestro de escuela de la aldea donde habia nacido el niño Bernadotte, en la actualidad rey de Suecia. El monarca, enternecido, hizo levantar á su preceptor de otros tiempos, le dirigió palabras respetuosas, y le asignó una pension para el resto de su vida. Mas ¡ay! estaba escrito que no habia de gozar de esta felicidad mucho tiempo el anciano; murió á los pocos dias á consecuencia de la demasiado fuerte emocion que le habia ocasionado esta escena.

EL HAZ DE LEÑA.

Las nueve de la mañana serian, y hácia mediados de Julio, cuando una señora jóven y de una fisonomia distinguida salia del bosque de Fontainebleau por la reja de Avon. Engolfada en las delicias de alguna grata meditacion, caminaba con lentitud sin que supiese al parecer hácia donde la llevaban sus pasos, cuando súbitamente llamó su atencion una anciana que acertó á pasar agobiada bajo el peso de un enorme haz de leña. Los vestidos que cubrian á aquella desdichada muger estaban hechos tiras, y sus descalzos piés, que habian sin duda maltratado las piedras del camino ó las zarzas del bosque, veianse en algunas partes manchados de sangre. La jóven dama, dolorosamente conmovida al aspecto de tanta miseria, íbale acaso á dirigir algunas preguntas, cuando una muchahuela que salió precipitadamente de una veredilla inmediata, cortó el hilo de sus pensamientos.

—¡Ea, buena anciana! dijo á la pobre lugareña aquella niña que al parecer tendria doce años, sois demasiado anciana para caminar, con el calor que hace, cargada con tan enorme peso; ¡qué lastimados teneis los piés y qué empapada de sudor la frente! Detengámonos un momento á la sombra de aquel nogal; allí tomareis vos mi canastita que no contiene mas que helecho y yo os tomaré vuestro haz, que cargaré hasta Changy.

—¡Vaya, vaya! contestó con voz temblorosa la anciana; un peso como este basta para aplastar á tres muñecas como tú, mis ojos; lleva tú

tu canasta y déjame á mí con mi leña. Desde que vendí á mi Martin, añadió enjugándose una lágrima que corria por su descarnada mejilla. ha sido necesario que me fuera acostumbrando al trabajo.

—¿Era vuestro marido ese Martin? preguntó con candor la chica.

—No, ¡ay de mí! contestó la anciana; Martin era mi burro; pero no puedo acordarme de aquel pobrecito animal sin que se me escurran las lágrimas.

—Vamos, vamos, dadme acá vuestra leña, abuelita, repuso Magdalena con el pecho hinchado de emoción, y mientras caminamos me contaréis cómo estuvo eso de que vendisteis á Martin.

—Detúvose la infeliz anciana, enjugóse el rostro que tenia anegado en sudor, y desprendiéndose de su carga,

—Puesto que absolutamente así lo quieres, prenda mia, hágase; pero tén por cierto que nunca olvidará la tía Francisca el favor que le haces. Y dicho esto, la pobre lugareña acomodó el haz de leña sobre los hombros de Magdalena que estuvo á punto de sucumbir bajo tanto peso.

—¡Oh, oh! teniais razon, Señora Francisca, repuso la chica: vuestra leña no es tan ligera como mis yerbas; pero tendré fuerzas para llevarla hasta que hubieseis descansado.

Llegado que hubieron á un otero, en derredor del cual proyectaba su sombra refrigerante un elevado roble, propuso la pobre septuagenaria á Magdalena que se sentasen; y ambas rendidas de cansancio, descansaron por un instante.

Entonces la señora jóven, de que ya hemos hecho mencion, que, sin que pareciese seguirlas, habia escuchado con el mayor interes cuanto hasta aquel punto se dijeran, vino á sentar detrás de ellas, y pareció prestar mas atencion cuando la tierna Magdalena preguntó á la tía Francisca qué edad tenia y cuál era el lugar que habitaba.

—Setenta y cinco años cumpliré por Pascua Florida, ojos míos, contestó la aldeana, y vivo en el pueblo de Effondrée, que está á la orillita del agua. Mi marido era marinero de los barrios de la Turena, de esos que se están trayendo tejas á Paris seis meses del año. Mientras pudo trabajar en ese oficio, trabajó bien el pobre buen hombre, y nunca nos faltó un pedazo de tocino que agregar al pan los domingos, pero cuando vino la vejez le despidió el Sena dándole las gracias por sus servicios, y entonces se enfermó de pesar porque siempre decia que la tierra no le convenia. En aquella época éramos dueños de un pedazo de tierra sembrada de alfalfa con cuya cosecha manteniamos en invierno á nuestro burro, pues en estío se sustentaba con el musgo del bosque. Pero cuando murió mi hombre fué preciso vender el terreno para pagar los

gastos de su entierro, y vendido este fué preciso tambien salir del burro porque ya no habia yerba con que mantenerle. En conclusion, ha penetrado en mi cabaña la miseria y ruego á Dios noche y mañana que me haga salir de este mundo antes de que se tome el trabajo el hambre.

Durante este triste relato de la anciana, enjugaba Magdalena sus llorosos ojos, y la dama, profundamente enternecida, no podia desprender los suyos de aquel grupo al cual la rectitud de sentimientos, los padecimientos y la miseria prestaban un interes irresistible.

—Y tú, prenda mia, preguntó Francisca, ¿qué edad tienes y en qué pueblo vives?

—Yo, contestó Magdalena, arrojando un suspirillo, nací doce años hace debajo de las alas de un batan. ¡Oh! lindos tiempos eran aquellos por lo que me ha dicho mi pobre madre, y hasta la edad de siete años mi infancia fué sumamente venturosa. Me acuerdo siempre de una preciosa vaca pinta á la cual llamaban Maruca y que se venia á comer en mis manos los manojos de artemisia que habia ido cortando yo al derredor de la charca, y tambien me parece ver á las gallinas cacareando bajo el tinglado de la casucha, en tanto que mi madre hilaba cáñamo á la sombra de su nogal. ¡Oh! entonces no andaba yo sino con mi primorosa enagua de droguete, mi buena media azul que se compraba en la feria del pueblo, y mis gruesos zapatos claveteados. ¡Cuánto gusto me daba enseñar mi traje los domingos en la misa de Avon, y cuán ufana me sentia cuando el señor cura me presentaba su chula bolsilla y echaba yo mi moneda de cobre en ella! ¡Sí, sin duda eran lindos tiempos aquellos! Pero la peste vino á hacer estragos en todos los ganados de la comarca; entonces perdimos nuestra vaca, mi padre se vió atacado de parálisis por causa de esta pérdida que sintió mucho, y al cabo de quince dias el molino que nos sustentaba se vendió al mejor postor; desde aquel tiempo, tía Francisca, muchas veces ha faltado el pan en la artesa. Mi madre se ve en la necesidad de estarse en casa cuidando á su pobre marido, en tanto que yo voy al bosque á recojer hojas de helecho para los frutereros que envian uvas á Paris. Me dan cuatro cuartos por cada canasta que les llevo. Cuando no hace mucho calor, este ejercicio me da gusto, porque hago un par de viajes y gano bastantito. Pero cuando el calor es muy fuerte, me prohíbe mi madre que ande tanto porque dice que me puede dar fiebre.

—¡Cuánto nos parecemos, hija mia, cuánto nos parecemos! dijo la tía Francisca á la chicuela Magdalena tendiéndola su descarnada mano; las dos tuvimos tiempos felices.

Y ambas, volviendo á tomar su carga, pusieronse de nuevo en camino

En aquel momento la jóven dama comenzó á buscar dentro de su saquito de terciopelo algunas monedas sin duda que intentaria dar á las dos lugareñas ; pero sea que no encontrase lo que buscaba, sea que se le hubiese venido á fijar en la imaginacion otro pensamiento, lo cierto es que se alejó dirijiendo á las dos campesinas una detenida y melancólica mirada.

Algun tiempo despues de lo que llevamos referido, oyóse tocar con ponaire á la puerta de la habitacion de la tia Francisca, sita en la aldea de Effondrée.

—¡Ea ! ; vamos ! ; tia ! oyóse gritar por de fuera á la sonora y alha güeña voz de una doncella ; abrid pronto, ved que os traigo una galleta-acabadita de salir del horno.

Y no bien se hubo abierto la puerta, cuando se precipitó Magdalena al cuello de la buena aldeana.

—Pero vamos, miradme, continuó diciendo la jóven con una volubilidad hechicera, ; mirad qué linda vengo ! aquí me teneis como en mis otros tiempos, con mi enagua de droguete, mis medias azules y mis zapatos nuevecitos.... Y ademas tengo..... tengo.... ¿á que no lo adivináis, tia Francisca ? Tengo una vaca muy chula, listada, que tambien se llama Maruca, y un frondoso plantío de esparcilla para mantenerla. ; Ay, si hubierais visto á mi madre ! por poco se me muere de contento. Mi padre está mejor, y va á venir de nuevo á nuestro poder el molino ; oh, qué bueno es Dios ! ¿ es verdad, tia Francisca ?

La pobre anciana estaba demasiadamente conmovida para poder contestar á Magdalena ; pero llevándose á la doncella hácia su reducido patio que estaba todo entapizado de dulzamara, mostréla debajo del tinglado un hermoso burro pardo, aparejado ya con su albarda y puestos encima de esta dos canastos nuevecitos.

—Ahí teneis, la dijo á su vez llorando de alegría, ahí teneis á mi Martin ; volvió á mis manos.

Y sacando del seno un papel que estaba con mucha curiosidad plegado,

—Y aquí teneis, continuó diciendo, un permiso para que pueda pasar mi burro en la selva durante el estío, y una órden para que se me den todas las semanas, en el invierno, seis haced de heno en las cuadras de Héronières ; de suerte que ahora sí tengo seguro el pan hasta la muerte. ; Oh, gracias, gracias ! añadió la anciana uniendo con fervor las manos ! ; gracias, alma caritativa que os doleis de los desgraciados ! ; Ojalá os devuelva el cielo algun dia el beneficio que hoy nos haceis !

—¿ Luego conoceis á la persona que nos ha enviado todas esas riquezas ? preguntó Magdalena.

—Piénsome, hija mia, que ha de ser aquella linda, aquella jóven dama que se sentó á nuestra espalda al pié del roble.

—Yo no sé por qué lo habia adivinado ya mi corazon, exclamó Magdalena.... ; Oh ! por vida mia, la he de buscar tanto en la ciudad que al cabo habré de dar con ella.

—Un caballero todo vestido de negro fué quien me trajo esas buenas noticias, agregó Francisca ; pero se negó constantemente á decirme el nombre de la persona que le enviaba.

—Lo mismo nos sucedió á nosotros, contestó la chica ; vamos, ahora que reflexiono, digo que la jóven dama que se muestra tan caritativa para con los pobres debe amar á Dios, tia Francisca ; venid conmigo el domingo, si quereis, á la iglesia de Fontainebleau ; acaso veremos allí á nuestra bienhechora.

Aceptó esta proposicion la anciana, y ella y Magdalena, ofrecieron que serian puntuales á la cita.

Llegó el domingo ; y las das campesinas, acompañados de la nueva cabalgadura y vestidas con sus mejores trajes, dirijiéronse á Fontainebleau. Pero á las inmediaciones de la iglesia habia tan numeroso gentío que no pudieron acercarse.

—¿ Qué hay, pues, de extraordinario ? preguntaban unos.

—Dicen que la real familia está en la capilla de la Virgen, contestaban otros.

—El coche tiene ocho caballos en el tiro : ¿ lo veis tia Francisca ? decia Magdalena, sin comprender el motivo de tanto lujo.

—¡ Campo á la reina ! ; viva la reina ! exclamó repentinamente un edecan, todo lleno de galones de oro, en tanto que la muchedumbre se concentraba detrás de la doble hilera de soldados que formaban la escolta.

En aquel momento, la reina, apoyada en el brazo de una de sus hijas, y en seguida Madama Adelaida, seguida de varias damas de honor, subieron al coche, en medio de las estrepitosas aclamaciones de todos los concurrentes. Pero cuando la donosa infanta de Francia volvió sus miradas hácia la turba, un rumor singular oyóse repentinamente entre ésta ; una anciana de setenta y cinco años sollozaba tendiendo sus descarnadas manos hácia el coche, y una muchacha, demasiado conmovida para poder proferir otras palabras, exclamaba en medio de rostros dirijidos á un solo punto : “ ¡ Ella es.... ! es ella.... ! ” Empero partió el coche con la celeridad del relámpago, y lo único que pudieron observar algunas personas fué que la jóven princesa, con los ojos puestos en el centro de la muchedumbre, agitó por espacio de algunos minutos su pañuelo en ademán de despedida.

—Dios te bendijo porque quisiste cargar el manajo de leña de la vieja, dijo la pobre de Francisca á Magdalena, cuando recobró la palabra, y ha enviado uno de sus ángeles á la tierra para que nos vuelva la dicha.

HISTORIA PORTENTOSA DE JOSE.

QUIEN ERA JOSE, Y COMO FUE VENDIDO POR SUS HERMANOS.

HUBO en otro tiempo, en un país muy remoto, un hombre sumamente rico, llamado Jacob, que poseia numerosos rebaños. Este hombre tenia doce hijos, pero no tenia igual amor á todos, y aquel á quien preferia llamábase José, y era un jóven de gallarda figura, y lo que vale mas aún, de una índole escelente; de suerte, que bajo todos aspectos, merecia el cariño que le manifestaba su padre.

Entre tanto, sus hermanos, no pudiendo tolerar tal preferencia, concibieron vehementes celos y le declararon un odio tan grande, que llegó al estremo de salvar todo limite. Un dia refirióles un sueño singular que habia tenido.

—He soñado, dijoles, que todos estábamos juntos ocupados en la cosecha. Acabábamos de atar cada uno nuestra gavilla, cuando ahí teneis que la mia era la única que estaba derecha, pues las vuestras, colocadas en su derredor, se inclinaban en demostracion de respeto y parecian adorarla.

Mas adelante veréis, hijos míos, que este sueño era una prediccion.

Nada contestó á esto Jacob, porque sabia que Dios protejia á su hijo, pero los hermanos de éste se indignaron.

—¿Qué nos quieres decir con eso? preguntáronle. ¿Tú imaginarás por ventura que llegarás á ser nuestro rey?

Esta circunstancia y algunas otras de la misma naturaleza, escitaron su criminal envidia: en vez de captarse el cariño de Jacob imitando las virtudes de José, resolvieron perder á su infeliz hermano, tan luego como una oportunidad se les presentase. No tardó ésta en ofrecérseles: algun tiempo despues, tuvieron que llevar á pacer sus rebaños muy lejos, y Jacob, llamando á José, que siempre se quedaba con él, le dijo:

—Tus hermanos están en tal paraje; ve á ver lo que hacen y vuelve á decírmelo.

Púsose el niño inmediatamente en camino, y despues de haber andado mucho, percibió á sus hermanos en el planío. Adelantábase hácia ellos muy tranquilo, pues nada absolutamente sospechaba; pero luego que le conocieron, comenzaron á maquinár unos con otros, y dijeron:

—Allí viene el *soñador* á espiarnos; si os parece le matarémos.

—¡Matarle, hermanos! ¿Cómo podeis pensar en eso? contestó Ruben, que era el primogénito. ¿No es de la misma sangre que nosotros? Suplicoos que no cometais accion tan mala, porque nos castigará Dios que lo ve todo. ¿Y qué seria de nuestro padre si llegase á saber tal crimen?

—Matémosle, matémosle; y si se nos preguntase por él, dirémos que le devoró una fiera.

En vano procuró Ruben aplacarlos; y viendo que no lo lograria por mas que hiciera, añadió, como si al cabo adoptase el mismo sentir:

—Vamos; ya que teneis empeño en deshaceros de él, arrojadle á esa cisterna vieja; en ella morirá sin duda.

Esta cisterna era una especie de pozo donde ordinariamente se daba de beber á los ganados; en aquella sazón estaba seca, y Ruben, que era el menos perverso de todos, dábales este consejo con el intento de ir despues á sacar á José. Siguióse su opinion. Tan luego como llegó José, apoderáronse de él sus hermanos, despojáronle de una magnífica túnica, obsequio de Jacob, que ordinariamente vestia, y bajáronle al fondo de la cisterna.

Habíase alejado Ruben, y acabábanse de sentar á comer los otros, cuando alcanzaron á ver á varios traficantes que iban á comerciar á Egipto.

—Oid, dijo Judá: ¿de qué nos servirá dejar morir allí á nuestro hermano, cuando podemos deshacernos de él de otro modo? Allí vienen unos traficantes; vendámosle y sacarémos de él algun provecho.

—¡Traficantes! ¡traficantes! exclamaron todos.

Acercáronse los traficantes.

—Aquí tenemos un mozo á quien queremos vender como esclavo. ¿Cuánto nos dáis por él?

Al mismo tiempo sacaron á José de la cisterna y lo presentaron á los traficantes. Estos, habiéndole examinado, contestaron:

—Os daremos veinte monedas de pláta.

—Tomadle, es vuestro.

Y aquellos malvados, sin que les inspirase compasion los pocos años de su hermano, le entregaron á los traficantes ismaelitas.

Cuando Ruben, que no habia asistido á este horrendo ajuste, regresó, dirigióse corriendo á la cisterna; y no encontrando ya en ella á José contristóse.

—¡Qué será de mí, Dios mio! exclamaba; ¡qué será de mí! ¿Cómo referiré semejante nueva á mi padre?

—Nada temas, contestáronle sus hermanos; matarémos un cabrito, empaparémos con su sangre la linda túnica de nuestro hermano, y cuando Jacob la vea, no dudará de que le devoró una fiera.

Agradóles este plan. Encargaron á un desconocido de que llevase la ensangrentada túnica á su padre, no atreviéndose á presentársela ellos mismos, y luego que el anciano la vió, exclamó llorando:

—¡Esa túnica es la de mi hijo! ¡alguna fiera le ha devorado! ¡ha devorado á José alguna fiera!

Entonces aproximáronse sus hijos; procuraron consolarle, pero en vano.

—Dejadme, decia, dejadme. Descenderé con mi hijo al sepulcro.

CUAL FUE EL PARADERO DE JOSE. CÓMO FUE ARROJADO A UNA CÁRCEL. CÓMO ESPLICÓ LOS SUEÑOS DE DOS DE LOS EMPLEADOS SUPERIORES DEL REY FARAON Y LO QUE DE ESTO SE SIGUIÓ.

Entre tanto, ¿cuál era el paradero del pobre de José? Nada temais respecto de él, amados niños; pretejiále Dios como protege la inocencia; y aun cuando los auxilios humanos le faltaban, vigilábale la Providencia.

Tan luego como los traficantes hubieron llegado á Egipto, vendieronle á un empleado del rey llamado Putiphar. Tomóle cariño este oficial á causa de su grande amabilidad y de su inteligencia, y elevólo hasta el grado de confiarle la administracion de su casa. Encontrábase, pues, José tan venturoso, cuanto puede uno serlo estando lejos de un buen padre, cuando la muger de Putiphar, que era la mas depravada de las mugeres, le acusó ante su marido de un odioso crimen. Tuvó éste la imprudencia de creerla sin otro testimonio que el de su palabra, y persuadido de que José era delincuente, le mandó arrojar á una cárcel.

Lo que debió haberle perdido le salvó, y vais á saber cómo.

Quiso la casualidad que el gran copero del rey Faraon (el que le servia la bebida) y su panadero mayor (el gefe de sus panaderos), fuesen enviados á la misma cárcel que él. Estos dos empleados habian delinquido para con su señor y estaban muy aflijidos de la suerte que les esperaba. Un dia en que sus semblantes aparecian mas tétricos que de ordinario, racercóse á ellos José y les dijo:

—¿Por qué están tan tristes hoy vuestras mercedes?

—Porque cada uno de nosotros ha tenido un sueño, contestaron, y no encontramos quien nos lo esplice.

—Si quereis referirme vuestro sueño, acaso podré yo esplicarlo. . . .

—¡Tú!

—¡Yo! Vuestras mercedes han de estar en que la esplicacion de los sueños no procede del hombre sino de Dios.

—Pues bien, repuso el copero, ya que te consideras tan hábil intérprete, escúchame y procura esplicarme la significacion de mi sueño.

“Veia yo delante de mí una vid que tenia tres sarmientos, estos sarmientos crecian visiblemente; primero produjeron botones, luego flores y luego racimos. Con una mano tenia yo asida la copa de Faraon y con la otra esprimia en la copa el jugo de las maduras uvas, y la presentaba al monarca.”

—Regocijaos, señor, dijo José: esos tres sarmientos son tres dias, al cabo de los cuales os perdonará el rey y os devolverá vuestro empleo. Ruegoos de que entonces no os olvidéis de vuestro intérprete, porque soy inocente y por un error me han enviado á este calabozo.

El panadero mayor, viendo la habilidad con que José habia esplicado este sueño, le refirió el suyo en estos terminos:

—Pues por lo que hace á mí, creia tener en la cabeza tres canastos llenos de los manjares que se hacen por arte de panadería, los cuales las aves del cielo se comian.

—Pues con respecto á vos, señor, contestó José, nada de bueno tengo que anunciaros. Los tres canastos son tres dias, al cabo de los cuales el rey os mandará cortar la cabeza: vuestro cuerpo será colgado de una cruz y las aves despedazarán vuestras carnes.

No sé si los empleados creyeron en esta esplicacion, pero el caso es que llegó á realizarse; porque á los tres dias Faraon, al solemnizar su cumpleaños, se acordó de sus dos sirvientes: hizo dar muerte al panadero mayor, y devolvió su empleo al copero. Pero éste, como por lo comun sucede, olvidó al intérprete, y es mas que probable que jamas habria vuelto á acordarse de él, á no haber sido porque el rey tuvo tambien un sueño que no pudieron comprender todos los adivinos de Egipto. Entonces se acordó el copero del jóven esclavo que estaba preso; habló de él á Faraon y quiso Faraon consultarle. Inmediatamente sacóse á José de la cárcel, cortósele el cabello, diéronle vestidos con que pudiera comparecer ante el monarca, y presentáronle á éste.

—He sabido, díjole el rey, que eres muy hábil en el arte de descifrar, y yo he tenido un sueño cuya significacion no me han podido esplicar los